

## LAURA Y PETRARCA.

HAY quienes duden del amor de Petrarca porque lo expresó en versos, y quienes refinando la duda pongan en cuestion si Laura no ecsistió mas que en la imaginacion y en las poesías de su amante. La primera objecion solo pueden hacerla los mas prosaicos comentadores, los que á fuerza de registrar añejos pergaminos han empolvado y entorpecido todas sus facultades. La pasion mas verdadera y mas ferviente que he conocido fué revelada en versos muy hermosos y ha inspirado espresiones llenas de imaginacion y de poesía, y no por esto ha sido ménos sincera, pues no hay razon para creer que sean ménos duraderos los sentimientos que inspiran ideas bellas ó versos entusiastas, que los que se espresan en la mas humilde prosa.

Estudiar al Petrarca en sus obras y en su delicioso idioma, seguirlo linea á linea por todas las vicisitudes y las contra-

dicciones de la pasion; escuchar sus temores, sus reproches, sus sentimientos, sus aficciones; gozar de sus esquisitas descripciones ya sean del carácter ó de la hermosura, gustar de su melancólica ternura, de la sencillez de sus emociones, y creer que todo esto sea pura invencion, pura creacion del cerebro, un tegido de visiones quiméricas en que ninguna parte tiene el corazon, confundirlo con los frios y metafísicos copleros del siglo anterior, prueba no solo una completa falta de juicio, sino tambien una extraordinaria carencia de sentimiento.

Las faltas contra el buen gusto de que tantas y tan repetidas veces se ha acusado al Petrarca, por los que lo han estudiado con la misma frialdad con que Voltaire estudió á Shakspeare, sus *concetti*, su caprichosa adoracion del laurel, como emblema de Laura, sus juegos con las palabras *Laura*, *l'aura*, y *lauro*, sus *llamas heladas*, y su *hielo abrasador*, todo, todo esto quede á disposicion de los críticos, para que ponderen defectos, y falta de perfeccion.

Pero todo eso era conforme con el gusto de la época; cualquier genio extraordinario descuella en su siglo, pero no puede librarse de ciertas señales imborrables de las costumbres y del carácter de los tiempos en que vive.—“Tiene mucho talento para ser sincero,” dice el crítico, “tiene presuncion en su miseria, y una presuncion considerable.” Pero sabemos, á lo ménos yo sé, cuánto en el extremo de la pasion puede el alma burlarse de sí misma, y cuánto puede la imaginacion alucinada por una alegría amarga y ecsagerada, destrozarse el corazon. Estos son defectos de composicion en el escritor, están admitidos como tales, pero nada prueban contra el hom-



bre, el poeta, ó el amante. El reproche de monotonía, confieso que jamas lo comprendí, y es mas bien motivo de asombro contemplar en una coleccion de mas de cuatrocientas composiciones, que todas, con una ó dos escepciones, se dirigen á un mismo objeto y espresan el mismo sentimiento; admira, pues, como el poeta pudo hallar una variedad tan infinita de pensamientos, y como ha sacado tantas pinturas, alusiones, situaciones, sensaciones y reflexiones del inmenso universo, de la faz mudable de la naturaleza, de los tesoros de la literatura antigua, y sobre todo de su propio corazon. Todos los poetas posteriores á Petrarca han empleado, han plagiado, han imitado, han gastado todos sus giros; pero solo en él aparecen como puras y frescas emanaciones de un sentimiento profundo y de una espléndida fantasía. Con mucha exactitud observa Schlegel que la impresion de monotonía puede consistir en que nosotros consideramos de una vez y reunidos en un solo volúmen todos los poemas que fueron escritos en el curso de muchos años, en épocas muy diferentes y en muy distintas circunstancias. Avanza, y yo convengo con él, que la misma Laura se habria fastidiado mortalmente si se hubiera visto obligada á leer de una vez y sin interrupcion todos los versos que sus encantos inspiraban á su amante.

Me parece que la impresion del carácter individual de Petrarca y de las circunstancias de su vida, en el conjunto de sus poesías son evidente prueba de la realidad de su pasion y de la existencia del objeto que la producía. La naturaleza lo hizo poeta; por esto su amor era poético, amaba en verso porque pensaba en verso. Era escolástico completo en un

siglo pedante, y así en sus obras se encuentran comparaciones y giros que corresponden á sus estudios habituales. Tenia una imaginacion fértil y amena, que con todo su lujo adorna la expresion de su amor. Habia sido educado para profesor de derecho civil "*per vender parole, anzi mensogne,*" segun decia él desdeñosamente, y en su amor encontramos una mezcla de sutiles razonamientos sobre su estado de infortunio. Era filósofo, participaba de los sueños fantásticos del platonismo, que era la filosofía corriente y la que estaba en moda en aquella época. Era profundamente religioso, y un tono de devocion se encuentra en sus pasiones y en sus poesías: sus temores llevados hasta el exceso de que sus afecciones terrenales impidan su salvacion eterna, sus alusiones continuas á la fé, á una existencia futura y á la nada y vanidad de este mundo, son otras tantas pruebas de su sinceridad y no de su profanacion. Era sospechoso, irritable y susceptible; estaba sujeto á súbitas transiciones en sus sentimientos; una palabra lo colmaba de esperanza, y una mirada lo hundia en la desesperacion; era tan impresionable como el mas fino instrumento de música, y estos hombres son los que mas agradan á las mugeres. Y todas estas contradicciones, estos reproches, y estas vicisitudes diarias que son revoluciones é importantes acontecimientos para una existencia llena de pasiones; todo esto considerado poéticamente escita el mayor interes unido al encanto de la armonía; pero á la verdad en pobre prosa no puede contemplarse sin sentir una penosa emocion de compasion. "Dia vendrá, acaso," dice Petrarca en una de sus cartas familiares, citada por Foscolo "en que tenga yo bastante calma para contemplar toda la miseria de mi alma, para examinar



mi pasion y para no continuar amándola, y para poder amarte solo á tí, ¡Dios mio! Pero hasta hoy cuántos obstáculos tengo que vencer, cuántos esfuerzos tengo que hacer. ¡Ya no amo como amé, pero amo todavía; amo á pesar mio, y amo quejándome y llorando. La aborreceré. . . . ¡jamás! Todavía quiero amarla.” Siete años despues escribia: “mi amor es estremo; pero es esclusivo y virtuoso, virtuoso, nó. . . . esta inquietud, estas sospechas, estos transportes, esta ansiedad, este cansancio de todo, no son señales de un amor virtuoso.” He aquí la pintura de un corazon que se pretende no estuvo apasionado.

¿Y quién era esa Laura, objeto ilustre de una pasion que ha derramado su nombre por el universo entero? ¿Cuál era su posicion, su origen, su alcurnia? ¿Cuáles eran sus cualidades físicas, morales é intelectuales para avasallar de una manera tan despótica á uno de los mas grandes genios de su época? ¿No es bastante reconocer que la amada del Petrarca era tan casta como bella?

La insaciable curiosidad que Laura ha escitado de siglo en siglo y los volúmenes que acerca de ella se han escrito, son una prueba de la sinceridad de su amante, porque solo la verdad puede inspirar un interes tan duradero y tan universal.

Pero sin sumergirnos en áridas disputas, tomemos el retrato de Laura, de Petrarca mismo, dibujado, se dirá, por la mano parcial de un poeta que ama, pero una vez que Laura nos interesa por los encantos que poseyó para él, no debemos buscar su retrato en otra parte.

Laura era de noble cuna, aunque su vida pasaba en el retiro y en los cuidados domésticos:

*In nobil sanguine vita umile e quete.*

Su padre Audiberto de Nobesgera, de la alta nobleza de Aviñon, murió cuando era niña y le dejó un dote de mil coronas de oro, (unos cincuenta mil pesós) gran fortuna en aquellos tiempos. A la edad de diez y ocho años se casó Laura con Hugo de Sade, hombre de clase igual á la de ella, pero que no tenia ningun atractivo ni en su figura, ni en su entendimiento. El contrato de matrimonio tiene fecha de Enero de 1325, dos años ántes de su primer encuentro con Petrarca, y en ese documento su madre la Sra. de Ermessende y su hermano Juan de Noves se obligan á pagar el dote que á Laura habia dejado su padre, y ademas, á dar á la novia dos magníficos vestidos para las concurrencias solemnes: uno verde bordado color de violeta, y otro carmesí adornado con plumas. En todos los retratos de Laura que ahora existen, está representada con uno de estos dos vestidos, á los que frecuentemente alude Petrarca. Espresamente dice que cuando por primera vez la encontró en los maitines en la iglesia de Santa Clara, tenia un traje verde sembrado de violetas. Se mencionan tambien una corona de plata con que adornaba su cabello, y sus collares y joyas de perlas: no hay ninguna alusion á diamantes porque aún no se inventaba el arte de montarlos. De todo esto resulta que Laura vivia en la opulencia y pertenecia á la primera clase de la sociedad. Las mugeres de mas rango solian, en aquel tiempo, vestirse con la mayor sencillez en las concurrencias ordinarias; pero para presentarse en público ostentaban el lujo mas estremado. Hay lindas descripciones de Laura rodeada de sus jóvenes compañeras, sin espléndido aparato, con un vestido blanco, con flores naturales en la cabeza y eclipsando á las demas



mujeres solo con su delicada amabilidad. Por las frecuentes alusiones que Petrarca hace al traje de su amada, y los violentos apóstrofes que dirige al espejo que ayudaba á aumentar sus destructores encantos, podemos inferir que Laura no veía con desden los cuidados del tocador.

Tenia un hermosura semejante á la de una *Madonna*; sus ojos eran negros y apacibles, su cabellera color de oro pálido se dividía sobre su frente y caía en bucles brillantes sobre su garganta. El poeta se recrea en la gracia celestial de su figura y sus movimientos, en su "*andar celeste*."

*Non era l'andar suo cosa mortale*

*Ma d'angelica forma.*

En el soneto 166 describe la belleza de su mano:

*O bella man chi mi distingui il core:*

Y la gracia de su boca:

*La bella bocca angelica*

El conjunto de su hermosura era pensativo, apacible y lánguido:

*L'angelica sembianza umile e piana—*

*L'atto mansuetto, umile e tardo.—*

Este último verso la caracteriza perfectamente. Pero esta calma y esta apacibilidad deben haber estado muy léjos de la insipidez; pues él se fija mucho en la rara y variada expresión de su amabilidad, "*Leggiadra singolare e pellegrina*;" en el brillo de su sonrisa, "*Il lampeggiar dell'angelico riso*," y en la mágica ternura de su voz que él sentía en lo mas íntimo del corazón, "*Il cantar che nell'anima si sente*." Solía cubrirse los ojos con la mano, y sus miradas se fijaban en el suelo "*por humildad ó por orgullo*." En el retrato de Laura

que ví en la Biblioteca Laurentiana de Florencia los ojos tienen esta mirada hácia abajo. Su amante se queja tambien de un velo que á ella le gustaba llevar. Vagando en el campo en un dia de estío, al mirar á una jóven aldeana lavando un velo en la corriente de un arroyo, reconoce el lienzo que tantas veces se habia interpuesto entre sus ojos y el cielo del rostro de Laura, y tiembla como si se encontrara en presencia de la misma Laura. Este ligero incidente forma el asunto del primer madrigal.

Describe su altiva humildad, "*l'umiltà superba*;" su hermoso silencio "*il bel tacere*;" sus frecuentes suspiros, "*i sospir soavemente rotti*;" su dulce desden y su plácido desvío, "*dolci sdegni, placide repulse*;" su elocuencia sin emplear palabras, "*Vatto che parla con silenzio*." Preciso es confesar que el cuadro es de los mas acabados, de los mas esquisitos, de los mas hermosos, y que aún cuando solo la mitad fuera cierto, sería demasiado hermoso. Pero mucho mas lisongera y hermosa para Laura es la confesion que hace Petrarca de la influencia que en él ejercía su carácter encantador, y sin duda á la pureza de Laura se debe la delicadaza de los homenajes que se le tributaban. Dejando, por supuesto, á un lado la circunstancia de que siendo casada, no era asunto propio para versos amorosos, no hay en todas las poesías que ella inspiró un solo sentimiento que los ángeles no escucharan con aprobacion. Petrarca refiere que ella ni se sorprendía, ni se admiraba del sacrificio de Lucrecia, y solo extrañaba que la vergüenza y la congoja no hubieran hecho innecesario el puñal de la célebre romana. Dice que su conversacion estaba llena de dulces y elevados conceptos, su espíritu siempre sereno, aunque su rostro tenia un



aire pensativo, que ella lo habia elevado de todos sus bajos pensamientos, y purificado su corazon de todo deseo impuro. "Bendigo, dice, el lugar, el tiempo y la hora en que tan alto miraron mis ojos. ¡Alma mia! Debes estar agradecida por haber alcanzado tan valioso honor, pues desde que en tí nacieron estos suaves pensamientos, anhelaste por bienes supremos y desdeñaste los deseos de los espíritus vulgares."

Todos los sentimientos generosos, todas las ideas nobles y elevadas, todos los deseos de adelanto, se los atribuye á ella y solamente á ella.

Nos da en un solo verso el bello ideal del carácter de una muger, cuando dice que Laura unia la mas clara inteligencia al mas puro corazon. Contempla estasiado su angélica modestia, que á la vez le inspiraba reverencia y desesperacion, pero confiesa sin embargo que aún espera algo de la piadosa ternura de su carácter.

*Non è sì duro cor che lagrimando*

*Pregando, amando, talor non si smova*

*Ne si freddo voler, che non si scalde.*

La pasion inspirada por esta muger no podia disminuir con la ausencia, ni aún con la misma muerte, y así, la segunda parte de las canciones del Petrarca fué escrita cuando ya Laura no ecsistia, y es mucho mas bella que la primera; tiene un estilo mas apasionado, un tono mas sentido y por fin, muchos ménos defectos de gusto y de espresion.

Tal vez se dirá que un espíritu como el del Petrarca, avasallado continuamente por una pasion tan fantástica, empleado aún en su vejez en escribir y pulir versos amatorios, es digno de lástima, y que si no nos hubiera dejado sus cancio-

nes, probablemente habria escrito alguna otra obra eminente que le hubiera proporcionado igual ó mayor gloria; y que si no hubiera sido amante de Laura, no por esto habria dejado de ser el genio principal que dió impulso á su siglo, consagrando su vida, su energíá y su brillante talento, al cultivo de la filosofía y de las bellas artes, á estender la instruccion y la libertad y á promover el adelanto general de la especie humana.

Pero yo dudo de todo esto y apelo al mismo Petrarca.

Creo que no tenemos traduccion de la cancion 48. Si Lady Dacre la hubiera hecho con la misma gracia que hizo la de "*Chiare, fresche è dolce acque*" y la de "*Italia mia*," el lector se veria libre de mi imperfecta version en prosa que dará una idea tan esacta del original como la que una rápida pincelada de las obras maestras del Ticiano ó del Dominiquino nos daria del mágico colorido y del efecto de sus gloriosas y casi animadas creaciones.

En esta cancion Petrarca, en tono alto y poético, pero que nada tiene de la verdad, ni de la energíá del sentimiento, recurre á alegorías para pintar su situacion, y aparece citando al Amor, "*Suo empio e dolce signore*," ante el trono de la Razon y acusándolo de ser causa de todos sus pesares, sufrimientos, errores, y aún de su tiempo perdido. "Por el Amor he sufrido desde el primer momento en que sentí su poder, penas tan varias y tan esquisitas, que al fin se ha agotado mi sufrimiento y he odiado la ecsistencia. No solo he abandonado la senda de la ambicion y de cualquier intento útil, sino aún la del placer y la felicidad; yo que nací si no me engaño, para fines mas altos que ser mero esclavo del Amor!



Por el Amor he descuidado mis deberes para con el cielo, por una muger he abandonado todo lo demas, ¡desdichado de mí! ¿De qué me han servido los altos y preciosos dones que me concediera el cielo: el talento, el génio, que me elevaban sobre los otros hombres? Mis cabellos se han emblanquecido; pero mi corazon no cambia todavía. ¿No me ha hecho vagar sobre la tierra anhelando reposo? ¿No me ha llevado de ciudad en ciudad y no me ha arrastrado á los bosques y á las selvas y á las salvages soledades? ¿No me ha privado de la paz y de aquel sueño que ninguna yerba, ni ningun encanto pueden devolverme? Por el Amor me he hecho proverbial en el mundo, que está tan lleno de mis lamentos, que yo mismo me canso de oírlos repetir, y acaso lo mismo sucede á todos los demas.”

A esta larga inculpacion, el Amor contesta indignado:

“¿Oyes la falsedad de este ingrato? Pues él es quien en su juventud se consagró al despreciable tráfico de palabras y mentiras, y ahora no se avergüenza de echarme en cara el haberlo alzado de la oscuridad, para conocer las delicias de una vida virtuosa y honrada. Yo le he dado poder para lograr la fama y la virtud, en grado tal á que ni él mismo aspiraba. Si ha adquirido un nombre en el mundo, me lo debe á mí. Recuerde á los grandes héroes y á los grandes poetas de la antigüedad, cuya mala estrella los condenó á consagrar su amor á objetos indignos; cuyas queridas fueron cortesanas y esclavas, miéntras para él busqué por el mundo todo, una muger amable, á quien el cielo prodigó tantos encantos que no puede hallarse otra que le sea comparable debajo de la luna. Una muger cuya voz melodiosa y cuyos suaves acen- tos han tenido poder bastante para desterrar de su corazon

todo pensamiento vano, oscuro, ó corrompido. He aquí los daños de que se queja; he aquí la recompensa que recibo de todo lo que he hecho por él. ¡Ingrato! Se ha elevado en mis alas, hasta llevar su nombre entre los mas grandes hijos del canto; las damas hermosas y los gentiles caballeros escuchan con delicia sus delirios; pero si no hubiera sido por mí, ¿qué podria él ser? Acaso un vano adulator que buscase las preferencias de la corte, confundido entre la miserable turba del vulgo! He purificado y he hecho tan casto su corazon con la imágen que en él dejé impresa, que aún en su juventud, en la edad de las pasiones, lo he conservado puro en sus obras y en sus pensamientos; (1) todo lo grande que haya brotado de su corazon, lo debe á ella y á mí. De la contemplacion de la virtud, de la dulzura y de la belleza de la que amaba, lo conduje á la adoracion de la Gran Causa, de la fuente de todo lo que es bueno y bello, ¿él mismo no lo ha confesado? Y esa linda criatura para amparo, consuelo y delicia de su frágil vida. . . .”

Aquí hay una súbita interrupcion á la mitad de un verso. Petrarca lanza un grito de horror y esclama: “Sí, me la diste, pero tambien me la quitaste!”

El Amor contesta con suave austeridad: “No yo, sino *EL*, el *Eterno* que lo quiso así.”

Despues de esto, creo que se reconocerá que á Laura es á quien debemos las obras del Petrarca, y que si la recompensa que ella le dió no fué esactamente la que él deseaba, en

(1) Aquí Petrarca parece olvidarse de sí mismo. No fué *siempre* muy immaculado.